

fueron buenas en general. El pinchazo á un tiempo á su primero me gustó las pías, y aquel par de banderillas al cuarteo estuvo «super». ¿Y á que no saben ustedes lo que más me agradó del «gato» Alarcón?

Que abandonó su antigua y pésima costumbre de hacer explicaciones al público del mérito de tal ó cual suerte, é igualmente prescindió de la consabida frase de «va por ustés», que tanto empleaba anteriormente á la hora en que cuadraban los bichos. Frasecilla que en más de una ocasión dió lugar á que los toros perdieran la cuadratura, prolongando las faenas hasta el aburrimiento.

¡Ojalá que no haya sido por esa sola tarde y que, en definitiva, se resuelva á no perder el tiempo!

Tuvo cuatro lances de capa muy aceptables y los honores de la oreja, muy merecida por cierto, que á petición del auditorio se le concedió por la faena y muerte del toro tercero.

Insisto en que te luciste, mi distinguido Alarcón, y uno, á los que recibiste, mi aplauso de corazón:

Tócale su turno al joven beneficiado, que puede decirse tuvo una de sus buenas tardes.

Si, señores, buena porque todos sabemos que Rodolfo mata menos que un arma de Mondragón; pero, en cambio, hay que verlo con lente ahumado cuando quiere hacer filigranas con el capote. ¡Qué manera de torear por verónicas á su segundo toro! ¿Pues y aquel lance de frente por detrás y las dos aragonesas que le dió al mismo? ¡El acabóse! A su primero lo empezó á torear muy bien; pero acabó embarullado por la pérdida de terreno.

No me gustaron sus lances en el último del Saltillo; pero todo esto quedó compensado con la elegancia, claselismo y arte de su toreo en el tercer toro de la corrida.

ENTRE BASTIDORES



Impresario.—No señorita; tiple no. Sólo to luchadores.

Tiple.—Pues precisamente vengo á eso. A la lucha.

LO QUE SE VE POR EL OJO DE LA CERRADURA



¡Que mira usted, Don Tomás! Quiero á ver si recuerdo otros tiempos que alegres pasaron y no volverán.

En banderillas estuvo desgraciado, y con el estoque tampoco tuvo fortuna. Esto me indujo á confeccionar la parodia de un cantar conocido y que, entonado por el leonés, quedaría así:

Quisiera verte y no verte,
quisiera amarte y no amarte,
quisiera darte dos lances
y no quisiera matarte.

Esto, cantado por Gaona á cualquier bicho, resultaría ya pura verdad.

«Moreno de Valencia» y «Blanquet» pusieron cátedra banderilleando.

«Chanito» y «Agujetas» destacaron entre los montados. El primero sufrió una cogida que no fue de cuidado, gracias á que entró al quite la Providencia, pues los matadores estaban pensando en Babla.

Como nota complementaria, diremos que Gaona lució turno color de melado de mamey con negro. Los enemigos del Guerra dicen que el tal trufuello se lo regaló el Califa á Rodolfo.

Ante semejante afirmación me quedé pensando:

Si, señores, me hice crueles, pues no me parece justo que, para trajes de luces, tuviera el Guerra ese gusto.

El público le pedía á Gaona un toro de obsequio; mas el leonés no ha de haber conseguido el correspondiente permiso de su maestro, puesto que uno á uno fué diciendo, á los que ocupaban barreras: «No puede ser, sólo hay un mura muy chico, de treinta y cinco arrobas. El domingo próximo habrá regalo.» Claro, como que el próximo domingo el obsequio, si lo hay, lo pagará la empresa.

Está ya anunciado el próximo benéfico de la empresa: «Cocharito», «Regaterín», «Manoletó» y Gaona: toros de Pablo Romero. ¡El delirio!

VILLA MELON.

Se hablaba de los negros de Cuba, y uno dijo que los tenía envidia porque viven bien y son tratados con dulzura.

—¿Con dulzura? lo replicó el otro. ¡A pilos!

—Si, contestó el primero; pero... les pegan con caña de azúcar.